

# NADIE PARECIA

DIRIGEN  
PBRO. ANGEL GASTELU  
JOSE LEZAMA LIMA

Cuaderno  
de lo  
Bello con Dios

No. III. NOVBRE. 1942  
L A H A B A N A



Marcelo:  
*¡Dulce instrumento!*

Fenijardo:  
*Advierte.*

Marcelo:  
*No he visto siete cañas tan sonoras,  
Ni a tanta costa unidas;  
Dime: ¿Aquesas labores son de cera?*

BERNARDO SOTO DE ROJAS

## La Sustancia Adherente

**S**I dejásemos descansar nuestros brazos por un bien dentro del mar se apuntalaría la dureza de la piel hasta frisar con el más grande y noble de los animales y con el monstro que acude a sopa y a pan. Toscas jabonaduras con tegumento del equino. Masticar un cangrejo y exhalarlo por la punta de los dedos al tocar el piano. Calidades que acuden y son rechazadas con lentitud, con desagrado y corrección. Con asco celeste. Con celestial desdén por la liviandad y el cuño errante y peregrino, el brazo sumergido dignifica sus calambres y su blanco ausente; soporta el sueño de las mareas primero, y las miserables joyas que van talarando su carne hasta quedar bendecidas por un róseo rocío doblador, para hacer tal vez con ellas una región de arenas como ojos, donde la pinza hueca, el pie vergonzoso son transportados con natural ligereza de aire espesado por luz dura de plata. El brazo sumergido al convertirse en un aposento de concentraciones y burbujas, indócil giba para los resueltos soplonés, se ve rondada por el insecto como punto que vuela; mientras el caracol como instante punto, frenético pero lentísimo, se incrusta en aquella porción, carne y tierra, batida con maestra artesanía por los renovados números del oleaje. Así aquel fragmento sumergido, asegurado por la paz probatoria, es devuelto por eco y reflujó, en misterio sobrehumano, blanquísimo. Al pasar los años, el brazo sumergido no se convierte en árbol marino; por el contrario, devuelve una estatua mayor, de improbable cuerpo tocable, cuerpo semejante para ese brazo sumergido. Lentísimo como de la vida al sueño; como del sueño a la vida, blanquísimo.

LOS DIRECTORES

# La Hermana de los Angeles

(FRAGMENTO)

**A**LLA en las florestas de la Louisiana,  
mecido en el bambú y las largas lianas,  
habiendo roto la yema de oro el sol madurado,  
sale de las flores el relámpago colibrí;  
una esmeralda corona su deliciosa cabeza.  
Sus alas en los hombros extienden el manto,  
la corona de azul guarnece su joven corazón.  
Para luchar en el aire el pájaro parte ya vencedor...  
Pasea por los prados vecinos de la luz  
sus plumas de coral que temen la Potestad.  
En su Abril salvaje florece el ranaje  
y el ardiente viajero contempla la palmera.  
La llanura de los perfumes quedó abandonada.  
Pasa ambicioso del arco a la alca  
y de todos los festines inicia las manteles,  
ya en la frente de la palma o en los brazos del ciprés.  
Pero el bosque es muy grande para sus alas nacientes  
y las flores de la Virgen de estos parajes se ausentan.  
Por la verde prodera él desciende buscando.  
Los cazadores de serpientes, maestros del ocultarse,  
están menos asombrados que cuando contemplan el árido bosque.  
El jazmín de la Florida, por los contornos silenciosos persiguen,  
la breve flor sin amigo al fondo de su casta prisión  
y la fresa arropada por la yerba más fina.  
Así Eloa fuerte desde su nacimiento,  
de sus argentadas alas ejercita el rigor,  
eleva la blanca voz donde los inmortales fuegos  
brillan a los pies de Dios, como la multitud ante el altar;  
rápida se balancea entre dos jóvenes planetas,  
rápida se posa sobre la frente de los cometas;  
a fin de descubrir los seres nacidos lejanos,  
visita solitaria el fondo de los cielos inferiores.

El eter tiene sus grados de una inmensa grandeza,  
hasta la eterna sombra donde el caos comienza.  
Tan pronto el Angel huye al sinfín del azul,  
cúpula de zafiros que llena la Trinidad,  
encuentra un aire menos puro, escápanse las nubes,  
condénsase vapores, serpentea el concho del viento,  
como una guardia azul, pues la profundidad  
del aire que Dios respira, es para nosotros lo ardiente.  
Cerca de nuestros soles y de las atmósferas,  
el espacio está desierto, triste, oscuro y surcado  
por un negro torbellino de lentas cadenas.  
Un día dudoso y pálido se aclara en vano el asombro.  
Allí está el caos y la desconocida noche,  
y cuando un viento de fuego mece su seno profundo,  
asoma el vacío impalpable y sin fondo.

Jamás los Espíritus puros, hijos de la luz,  
de las tres regiones no alcanzan la última,  
y jamás se ofusca ningún Serafín  
en estos confusos grados del fin del Infierno.  
Aun los Querubines, tan fuertes y tan fieles,  
temen que el aire impuro no huya de sus alas  
y que sean forzados en peligroso vuelo  
a caer al fondo del Caos tenebroso  
¿Qué sería de ese exilado indefenso?  
De la risa de los demonios la incabable ofensa,  
sus palabras, sus susos, lenta y cruel ofrenda;  
hacen besar sus ojos, enrojecer su frente.  
En tan decisivo peligro solo podrá oír  
algún canto de abandono, triste y voluptuoso;  
alguna queja del cielo, dolorosa leyenda  
dicha por la dulce voz de un ángel desgraciado.  
Y aún escuchándole un oído esperado,  
podría olvidar la patria celeste,  
alegría en la noche y en una amistad  
que anudase la piedad y el canto.  
Ascendiendo en la única bóveda más azulada,  
ofrece a la luz que se dora y sorprende,  
el oleaje de sus cabellos esparcidos y en sombras,  
las alas sin colores, brazos, el metálico cuello,  
la frente mortecina inscripta de rasgos inencontrados,  
entre las otras frentes serenas de los turbes de nieblas;  
los ojos movidos de un llanto visible  
y los pies eternamente negros por el fuego pestífero  
He ahí porque siempre prudentes y sabios,  
los ángeles temen el paraje sombrío.

Sin embargo, es allí, sobre el sombrío vapor,  
que la Virgen Eloa reposa sin miedo.  
Levemente se turba al ver su poderío  
y los novedosos beneficios causados por su presencia.  
Parecen consolarse los mundos castigados.  
Las esferas deteniéndose para oírle volar.  
Si alcanza los nuevos caminos  
y toca una de las plumas de sus alas,  
entonces la amargura se silencia y espera;  
los rivales se abrazan con dulce sorpresa;  
caen olvidados del rencor los cuchillos;  
el cautivo sonriente marcha solo y no está encadenado;  
el criminal entra de nuevo en el templo de la costumbre;  
el proscrito se sienta en el palacio de su Rey;  
el inquieto insomnio abandona su presa.  
Cesan las lágrimas constantes, corren las lágrimas alegres.  
Y sorprendidos de una dicha rara entre los mortales,  
los amantes separados se unen ante el altar.

ALFRED DE VIGNY  
Escrito el poema en 1823, en los Vosges.  
(Traducción de J. L. L.)

## Poema

Es un canto mío lo que redime mi pensamiento  
y yo no pretendo erguirme, porque huyo,

¡Oh diatriba!

hasta de los corceles que socorren para la liberación.

Dardo y luz en palabras semejantes,

en hastíos acalados,

en miserias que no se lamen como las llagas de la pobreza.

No será en mi cuerpo

donde busque los gemidos para la contricción.

Tampoco será en mi corazón

y menos en la médula de la nieve que lo agota.

Mi llanto,

mi plañir verdadero,

la congoja que surja clara y dolorida,

dulce y punzante,

tendrá su fuente en una faz desconocida de mi memoria,

de mi razón,

y más que todo, de mi tormento.

Mis pies se continúan en raíces

que escarban el sol de mi antípoda,

pero estoy negado,

no ya para la luz,

para la sombra tranquila

o para la lluvia concentrada en una noche

sino para el encanto libre del curso amoroso,

para la entrega inocente en la criatura imaginada

y para la razón vuelta naturaleza en la tranquilidad cotidiana.

En escoria diminuta surge mi pensamiento,

en cristales azogados por estrellas diluidas de una ósmosis implacable.

No hay más que impudicia,

resolución afebrada de martirio

y truco determinado de mariposas sin alas.

En un torrente de cierzo,

de alboradas, de años, de ocaso y de desiertos,

arguyo con sabor tenebroso frente a un mundo enemigo,

que en su lucha inesperada y sin pausa,

me incorpora a su nada escueta,

a su ser madurado en desapariciones.

Sé que no hay motivos para entorpecer los radios de la noche,

que la amplitud descansa en dimensiones prohibidas a los dedos,

pero un solo instante de la madrugada

se me torna acero, se me vuelve frío, hiedra, insulto, ira, escándalo,

(locura y día.

EFRAIN TOMAS BO

## Espiga Alta de Siempre

PENSE atrás decir este caso que diré, y olvidésemos, como cuando del coso se escapa algún toro para correrse otra vez, y este cuento es de lo que pasa los días de San Marcos cada año, en un lugar que se llama las Brozas, tierra de Alcántara.

En aquel lugar, teniendo alguno algún espantable y temeroso toro, y que de fiero no se pueden con él averiguar, dásele a la Iglesia. Llegando el día de San Marcos, a la víspera de él, va el mayordomo a esos montes por él, donde no le para hombre que vea, y llegado en su asnillo ante el embajador de San Marcos, le dice:

—Marcos, amigo, ven conmigo a las Brozas, que de parte de San Marcos te llamo para su fiesta.

El toro luego deja sus pastos, y manso vase delante de él, entra a las vísperas en la iglesia como un cordero manso, y póncele en los cuernos rosas y guirnaldas las mujeres; y sin hacer mal a nadie, sátese acabadas las vísperas al campo allí cerca. Otro día va en la procesión, suelto entre la gente, y pasa por un arco del claustro, tan estrecho que ha menester para pasar ladear los cuernos, y esto sin que se lo diga nadie, y toda la misa se está en pie, delante de las gradas del altar mayor, y acabada de alzar la hostia postrera y de consumir alguna vez, sátese de la iglesia a todo correr, como muchacho de la escuela, y vase por esos montes y jarales, volviendo a su bravura natural.

LUIS ZAPATA DE CHAVES,

Señor de Gehel (1526-1699). MURCELÁNEA.

POR la tinaja entendían la luna, porque ésta preside al agua, significada por la tinaja. Y por la vieja, entendían el mundo, porque los engaños y embustes del mundo no pueden tener mejor imagen y dibujo que una vieja hechicera. También entonces entendí un refrán que dice: "La águila enseña a vivir sin mengua", y creo quiere decir que como el águila, cuando se remosa, se despide de ser vieja, púdesese decir que cuanto más desecha la vejez, desecha menguas, que están avinculadas al estado de la senectud femenina, a lo menos cuanto a la significación jeroglífica.

LA PICARA JUSTINA (1605)

## A la Frialdad

I

El sueño que se apresura  
no es el mismo que revierte.  
La muerte cuando es la muerte,  
pierde la boca madura.

La esencia que no se advierte  
suele ser la más impura.  
El amarillo en la muerte,  
seda es contra natura.

Ser en el ser desafía  
a la unidad mensajera  
que de sí mismo se fía

y solo un rumor desaltera.  
Cuando el fruto está vecino  
la mano yerra sin tino.

II

Disperso, suave y atado,  
haciendo un fugaz saludo  
al ángulo del desnudo  
techo, frío y aprisionado.

Al saludar lo pensado,  
colmo sutil del menudo  
rio que fué elaborado  
por un triton barbudo.

Olvido de la corriente,  
esencia del sacrificio  
y candelas de la orilla.

Cuerpo que se mancilla  
ya con el nuevo artificio:  
ausente, no estás ausente.

III

Sigo una voz, desconcierta;  
si una huella, me revela  
que la mansión más incierta  
no es la que de noche vela.

Banal idea no recela  
de la nube, la incierta,  
fácil onda no se hiela  
porque busque boca yerta.

Paradoja sonreída:  
la pasión hecha jauría  
quiere ser siempre vencida.

La serpiente es mano alzada.  
Corona del desvario,  
mano en la mano ocultada.

IV

Entre la flecha y el punto  
el insecto bordonea.  
El arco del cejijunto  
crea paréntesis, crea.

La lluvia, que no es conjunto,  
arco y violín puntea.  
Cuando la escala está en punto  
el reloj suave gotea.

Siento que no me siento;  
borro, y hostiga la nada.  
Frente a la muralla el ojo

traza la ciudad cansada.  
Rasgada flecha o rastrojo  
suman un solo lamento.

V

Caída la hoja miro,  
ya que tu olvido decrece  
la calidad del suspiro  
que firme en la voz se mece.

La sombra de tu retiro  
no a la noche pertenece,  
si insisto y la sombra admiro  
tu ausencia no viene y acrece.

La sustancia del vacío  
solo halla su concierto  
elaborando el desvelo

que presagia el cuerpo yerto.  
Diosa perdida en el cielo,  
yo con el cuerpo porfio.

VI

Si ya el que ayer adivina  
lo que sin signo previene,  
el aire no desafina,  
leve crepúsculo viene.

Las chispas que arremolina  
el aire que lento adviene,  
detrás de la oreja afina,  
sierpe el oído deviene.

Perdida en mar de tintero  
la sirenita sí yace  
aprisiona solo huellas.

Tirando del instantero  
dormida abeja ya paca  
el árbol de las estrellas.

VII

Si interrumpe la amargura  
el jardín desarreglado,  
la pausa es la hoja impura  
entre el soplo y el nevado.

Ya la curva del ganado  
no aprisiona propia hondura;  
la ceja del alterado,  
metamorfosis impura.

Los cambios del remolino  
en el ojo no es el celo  
del gamo que está de fuga.

Que si depura el desvelo  
el último punto enjuga  
madriguera del mohino.

VIII

Cuerpo desnudo en la barca.  
Pez duerme junto al desnudo  
que huido del cuerpo vierte  
un nuevo punto plateado.

Entre el bosqueje y el punto  
estática barca exhala.  
Tiembra en mi cuello la brisa  
y en el ave se evaporaba.

El imán entre las hojas  
teje una doble corona.  
Solo una rama caída.

Ilesa la barca escoge  
el árbol que rememora  
sueño de sierpe a la sombra.

JOSE LEZAMA LIMA



Guache, *Amelia Peláez*.